

La potestad de mi Señor es vasta, infinita como es su grandeza y su misericordia, como son todos los valles y las selvas, como es extenso ese mar que envuelve en su inmensidad a vuestro planeta, así también es perdonando a aquéllos que saben implorarlo de su gracia, que han aprendido a través de los caminos escabrosos o de los múltiples vericuetos de su propia existencia, que nada conforta al alma pesadosa si no sabe cobijarse en la misericordia de ese Padre, que sólo EL por su piedad tan infinita es capaz de brindarle esa ternura, santa ternura que dista mucho de la ternura humana que en muchas ocasiones es únicamente del momento, que está sujeta al vaivén de arrebatos y pasiones que pueden arrebatarle en un momento todo ese caudal de afecto o de cariño derramado momentáneamente, porque la materia es frágil, endeble y vulnerable a las tormentas de los bajos instintos o a esos torrentes que en un instante hacen pesar más la codicia, el interés puramente material como una roca, haciendo añicos cuanto se interponga en su camino y envileciendo todo aquello que toca y desvirtuando cualquier buen propósito que en principio pareciera bien encaminado y es entonces que como veis, no es difícil el apreciar las diferencias de toda esa ternura y esa bondad que tan solo mi Padre puede daros y otorgaros cada vez que os acercáis a EL con el propósito, con el deseo puro, limpio y verdadero de hacerle llegar vuestra adhesión y apego a sus mandatos, a cuanto EL es demandando en cada uno, en especial a todos aquéllos en quienes ha depositado esa confianza, a los que considera alumnos verdaderos en esa escuela bendita de enseñanza a la que acuden sólo aquéllos aventajados en la vida cotidiana, no de la manera que vosotros acaso discerniréis materialmente sino en la forma más bella y expresiva que es la manifestación constante y verdadera de todos los que pretenden, hacen y ejecutan cada uno de sus actos y llevan en cada uno de sus pensamientos el SIGNO de la CRUZ de JESÚS CRISTO por delante y la conciencia limpia de quien se sabe merecedor y digno de la confianza de ese Padre.

JEREMÍAS

Satisfaced vuestros deseos llevando a cabo cuanto os hace sentir en concordancia con vosotros mismos, con cuanto acaso es como patrimonio cultural o religioso que hayáis recibido de vuestros mayores, pero no olvidéis en cada rito, en cada acto de veneración que llevéis a cabo, que siempre debe anteponerse en el alma vuestra con su mayor sustento la alabanza a vuestro PADRE y SEÑOR JUSTO y VERDADERO, porque es a EL hacia donde deben ir dirigidos en primer término cada uno de vuestros ruegos, vuestras súplicas que en todo momento sean alcanzando como una ola expansiva de bienaventuranza, a todos aquéllos que depositan en el Padre sus esperanzas y mayormente a quienes han tenido la fortuna de alcanzar tras una vida plena, el cobijo del Señor en las Alturas, la evolución tan pronta y verdadera como nunca antes imaginaron en su vida comunal terrena, porque en el REINO de mi PADRE es bien sabido que se otorga a cada uno de lo justo, de lo que ha sabido cultivar en este mundo, de cuanto ha tenido la dicha y el buen tino de buscar el camino verdadero, de seguir en sus pasos la enseñanza, de acatar aún en los instantes agobiantes, aún en medio de dudas o de acosos cuanto es menester para encontrar la ruta fija y distinguir la única senda que lleva hasta el refugio donde pacen las ovejas de mi Padre, donde no existe pena sin consuelo y desde donde se es contemplando en las Alturas lo que fue esta sus vida terrena, lo que pudieron hacer y no obstante no se tuvo el tiempo necesario para la rectificación correspondiente, mas ahora, una vez que reencontraron los caminos del Señor, vuestro Padre siempre comprensivo y bondadoso os permite una vez más reivindicarse a través, es preciso deciros, de vuestras oraciones y es así que es llegando a cada uno de esos seres aún por adelantados que se encuentran, el beneficio de vuestras oraciones, el fervor y la buena voluntad que pongáis en ellas, pues que como sabéis, todo ello es como un tesoro del que se van dando poco a poco las monedas.

EFRÉN